

XLIII

Lo que enseña á nuestra piedad la celeste Aparición
de la gruta

Bajo el punto de vista de la piedad podemos y debemos sacar de la contemplación de Nuestra Señora de Lourdes consecuencias prácticas de la más alta importancia.

Cuantas veces se ha aparecido á la niña Bernardica, la Virgen Inmaculada se ha mostrado bajo una misma forma, con el mismo ropaje, rodeada de la misma luz; en una palabra, con el mismo conjunto de misteriosos detalles, que son para nosotros otras tantas enseñanzas mudas.

Desde luego se aparecía siempre envuelta en luz, la cual era tan pura, tan brillante, tan suave, que no se conoce otra semejante en la tierra.—Es el símbolo de la divina luz de la fe, en la cual nos sumerge, por decirlo así, el Bautismo, que alimenta la sagrada Eucaristía, y de la que un verdadero cristiano debe siempre estar penetrado y rodeado. La fe es la verdadera luz, «la luz de vida,» con que debemos brillar delante del mundo. Si, debemos hacer resplandecer la fe por la santidad de nuestra vida, y esto, fuerza es repetirlo, en todo y por todo. La fe es la atmósfera celeste del cristiano: no salgamos jamás de ella. La luz de la Aparición era tranquila y

profunda: tal es también la fe católica, en la cual hallamos el reposo de nuestras almas.

En sus milagrosas apariciones la Virgen de Lourdes era bella, tan bella, que la vista de Bernardica no pudo jamás encontrar nada que pudiese comparársele.—La Santísima Virgen, nuestra Madre, nos enseña con esto que hemos de trabajar por adquirir la verdadera belleza, á fin de que el cielo pueda contemplarnos con complacencia. La verdadera belleza no es la que cautiva los ojos de los hombres, como la verdadera riqueza no es la que encierran las arcas: la belleza verdadera es la del alma, es la que Dios ve, que encanta á Jesucristo, que atrae las miradas de su Madre y de los Ángeles. No depende de nosotros el ser bellos á los ojos de los hombres; pero de nosotros depende, uniéndonos muy íntimamente á Jesús por medio de la gracia, el participar de lo que es Él. Pues bien, Jesús es la belleza infinita; y la de la Virgen Santísima, de los Ángeles y de los Bienaventurados no es más que el reflejo de su divino esplendor. Cuanto más nos parecemos á Jesucristo, tanto más nos revestiremos de Él por la santidad, y tanto más seremos bellos con su belleza, la única que no se marchita. La hermosa Virgen de Lourdes es delante de nuestros ojos el perfecto modelo de aquella celestial belleza con la que quiere ver que resplandece el interior de todos sus hijos.

El ropaje de la Aparición era blanco, pero de un

blanco tan puro, tan delicado, tan resplandeciente, que jamás tela alguna ha podido imitar su brillo.

La purísima Virgen enseñaba á Bernardica, y á todos nosotros en su persona, de qué pureza perfecta y delicada ha de estar revestida delante de Dios nuestra alma bautizada. El pecado mancha nuestro blanco ropaje; el menor pecado venial, la menor imperfección voluntaria empaña su brillo. Evitemos, pues el pecado, y conservémonos puros, para parecernos á nuestra Madre del cielo. Sobre todo conservemos con escrupuloso cuidado, con rigurosa vigilancia, la pureza propiamente dicha, la santísima y hermosísima castidad. Casto en su cuerpo, casto en su corazón, casto en sus miradas, en sus palabras, en sus pensamientos, en todo su sér: tal debe ser el verdadero siervo de Jesús y de María.

Un largo velo blanco, tan puro, tan esplendente como el vestido, envolvía por completo á la Aparición, caía desde los hombros hasta los piés.—¿No era esto la imagen de lo que envuelve y conserva la inocencia: el pudor? El pudor es aquel conjunto de precauciones, de vigilancia, de mortificaciones, que envuelven, por decirlo así, y conservan la pureza. Si queremos permanecer castos, seamos modestos; y la modestia de Cristo sea, como dice San Pablo, el modelo y la regla de todas nuestras acciones.

El ropaje blanco de la Aparición de la gruta estaba ceñido á la cintura por medio de una cinta azul celeste. Bernardica decía que el mismo azul del cielo

no era ni tan azul, ni tan celeste.—Imagen de lo que debe ser el corazón de un fiel que quiere conservarse para el servicio de su Dios. Pues bien, la oración, el recogimiento interior y la unión con Jesús son los que ya en este mundo nos hacen celestes. «Si quieres, serás un cielo para Jesucristo,» decía en otro tiempo San Ambrosio. Y San Pablo había dicho en nombre de todos los fieles: «Nuestra vida está en los cielos.» Vivamos anticipadamente por las aspiraciones de nuestra alma allí donde somos llamados á vivir eternamente.

Además la cinta que recoge el vestido y lo levanta para poder andar libremente, es el símbolo de lo que hemos de ser respecto de la salvación eterna: siempre prontos á partir, desligados de la tierra, mortificados, sobrios, libres y ágiles en el camino de los Mandamientos de Dios.

La Virgen se aparecía con los piés desnudos, brillando sobre cada uno de ellos una rosa luminosa.—Los piés desnudos de María nos predicán la pobreza evangélica, esta bella y sublime virtud á la cual el Salvador ha prometido el reino de los cielos. «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.» ¿Y qué es el espíritu de pobreza sino el desapego sincero de todas las cosas de la tierra, la humildad de espíritu y de corazón, la sencillez que se adhiere únicamente á Dios, y que sin vacilar le sacrifica lo que no se aviene completamente con su santo amor?

Nada más edificante que esa humildad, que esa sencillez y pobreza de espíritu: como las rosas de la Aparición, difunden por todas partes el buen olor de Jesucristo, el divino perfume del Evangelio.

Finalmente, la Inmaculada Virgen tenía siempre las manos unidas para la oración, y llevaba, ora en sus sagradas manos, ora pendiente de su brazo, el hermoso rosario de que antes hemos hablado, según refiere Bernardica.—Con ello ha querido Nuestra Señora de Lourdes recordarnos «que es necesario orar siempre sin cansarnos nunca;» que la oración debe ser á nuestra alma lo que la respiración á nuestro cuerpo; y que la pureza, el fervor, la santidad se resumen en esta sola palabra: la oración.

La Aparición no rezaba el Rosario, pero nos lo presentaba, ya como un excelente modo de orar con fruto, de orar bien, ya porque el Rosario es la oración de los sencillos, de los pequeños y de los pobres. La bondadosa Virgen nos recomendaba así la fidelidad al Rosario. ¿Tenemos todos un rosario? ¿Lo llevamos habitualmente encima de nosotros? ¿Lo rezamos cada día? ¿Lo rezamos con devoción y recogimiento?

Tales son las mudas enseñanzas que nos da la *Inmaculada Concepción* de la gruta de Lourdes. No las olvidemos

María tenía ordinariamente fijos sus admirables ojos en Bernardica: esa mirada de la Reina de los cielos está dirigida á cada uno de nosotros; sí, María nos mira, como nos mira Jesús. . . . No debe hacerse

nunca cosa alguna que pueda contristar su maternal corazón.

¡Oh dulce Virgen, libradnos de los peligros de los tiempos actuales! ¡Librad al sumo Pontífice, librad á la Iglesia, librad á todos vuestros hijos! Concedednos que podamos imitaros tan fielmente en la tierra, que tengamos la dicha de vivir y morir en el amor de vuestro Hijo nuestro Salvador y Señor Jesucristo.

¡Gloria en el cielo y en la tierra, gloria á la Inmaculada Concepción!

